

TRIBUNA

HERALDO DE ARAGON

DIARIO INDEPENDIENTE • FUNDADO EN 1895 • Año CXXI

EDITORIAL

Sin permiso y sin control

La investigación sobre el mortífero incendio de la residencia del barrio de Santa Fe en el que murieron ocho ancianos ha dejado al descubierto el limbo administrativo en el que se encontraba el centro y las lagunas burocráticas que lo hicieron posible. El Ayuntamiento revisará todas las residencias de Zaragoza pero, con la DGA, ha de garantizar que no se repita una falta de control semejante

La tragedia de la residencia de Santa Fe ha tenido como efecto colateral, y no menor, que haya salido a la luz la situación alega del centro, lo que provoca múltiples interrogantes. El Ayuntamiento de Zaragoza y la DGA aseguraron ayer que la residencia funcionaba sin permiso, ya que no tenía licencia municipal de actividad ni de apertura, y el Gobierno de Aragón le había retirado hace casi tres años la autorización con la que funcionaba desde 1997. Las causas estaban relacionadas con deficiencias relacionadas con el mantenimiento y las condiciones higiénico-sanitarias detectadas por la inspección, pero, inexplicablemente, no surtieron ningún efecto práctico. Al contrario, el centro siguió funcionando con normalidad y, lo que es más llamativo, otra inspección de 2014 volvió a detectar fallos, en este caso subsanables en el plazo de un año. No se entiende que las inspecciones de la DGA se sucedieran sin que surtieran ningún efecto. Ni tampoco que no se hubiera detectado, desde 1997, por parte del Ayuntamiento, el funcionamiento de una residencia oficialmente inexistente. La atención a las familias y a las víctimas es fundamental. Pero igualmente urgente es clarificar qué ha hecho posible esta alega situación y garantizar que se pondrán los medios para que no se repita.

OBSERVATORIO



Rescate leonino

El viraje griego hacia el abismo, que comenzó mucho antes de que los partidos políticos tradicionales del país helénico mostraran su incapacidad y dieran paso a Syriza, ha podido ser enderezado en el último momento, con un rescate leonino de inciertas consecuencias. La insolvencia y bisonería del Gobierno griego hizo que Tsipras no calibrara sus limitaciones, un error que paga ahora caro, aunque la salida del euro hubiera sido infinitamente peor.



Mas y su deriva

El presidente catalán, Artur Mas, insiste en agravar sus problemas políticos, y busca ahora hacerse un hueco en una lista independentista... sin políticos. Los partidarios de la secesión de Cataluña buscan concurrir a las urnas el 27-S con una candidatura de personalidades sin militancia, cuyo tirón mediático y social quiere rentabilizar Mas. De momento no hay acuerdo, pero sí la constatación de que el político ha perdido el norte por completo.



De Guindos pierde

La presidencia del Eurogrupo para Luis de Guindos era la baza soñada por Mariano Rajoy para escenificar el apoyo de la Unión Europea a su política económica. Pero el Gobierno español ha medido mal sus fuerzas y ayer perdió frente al actual presidente, el holandés Jeroen Dijsselbloen, que había manifestado hace meses su intención de seguir en el cargo. El apoyo de Merkel a Rajoy, en este caso, o no lo era tanto o no ha bastado.

LA ROTONDA | Por Jorge Torres

La palabra crisis

Los tiempos de bonanza se caracterizan por la pasividad y el conformismo, mientras los periodos de adversidad implican un proceso de adaptación. El esfuerzo creativo es esencial para lograr un cambio y continuar creciendo

neral. Es momento de cambio, por amarga que sea la adversidad.

Crisis. Quizá sea la palabra más reiterada en cualquier conversación. Este término se asentó en nuestro diccionario a partir del vocablo griego (krisis), que a su vez proviene del verbo krinein, que significa juzgar, decidir o elegir. Es decir, según la etimología, cualquier crisis enmascara un proceso habitual en el que surge una difícil encrucijada y nos vemos obligados a decidir. Hay que virar el sentido de nuestra ruta para adaptarnos a las nuevas circunstancias. Pero este desvío no es sencillo. Los seres humanos nos caracterizamos por nuestra tendencia na-

tural a la inmovilidad. Somos contrarios al cambio. Mientras la vida transcurre con normalidad y todo se desarrolla según lo establecido, nos conformamos con nuestras tranquilizadoras rutinas, sin aspirar a grandes metas. Cuando el viento sopla a favor, el automatismo se adueña por completo de nuestra conducta: hacemos siempre lo mismo, a la misma hora y en el mismo lugar. Prisioneros de nuestros hábitos de vida, no sentimos necesidad de cambio. No nos vemos forzados a innovar y sin la exigencia de un intenso esfuerzo creativo, nunca se pueden generar logros extraordinarios. Sin atrevimiento, la evolución se detiene y tan sólo restan

dos vías de escape. O bien permanecemos anclados a la inercia, defendiendo nuestra pasividad hasta que nos convirtamos en las siguientes víctimas que la crisis devorará antes o después. O por el contrario, decidimos movilizarnos, cambiar, ser creativos y agudizar el ingenio. No hay nada mejor que la adversidad para extraer lo mejor de cada uno y detectar las soluciones que la larga indolencia de los días de calma nos impedía vislumbrar. Toda adversidad encierra siempre una oportunidad. El universal filósofo romano Lucio Anneo Séneca (4 a. C.-65) ya defendía: «No hay nadie menos afortunado que el hombre a quien la adversidad olvida, pues

no tiene oportunidad de ponerse a prueba». Las crisis ponen a prueba nuestras habilidades para cuestionar el pasado, fortalecer nuestra vitalidad y reinventarnos para continuar creciendo y progresando. En economía, cuando el contexto es próspero, el dinero se genera por especulación y no por el valor añadido de la productividad. Los préstamos para financiar el consumo se consiguen fácilmente y los grandes proyectos corporativos y empresariales de alegre financiación, representan una seria tentación para quienes controlan los accesos a los mercados de capitales. Así, las virtudes básicas necesarias para generar formas sostenibles de desarrollo económico se olvidan fácilmente. De repente, terminamos recordando una premisa vital que nos mueve a cambiar nuestro comportamiento: a largo plazo no se puede gastar más de lo que se produce. La riqueza de un país y de sus habitantes no es un legado natural divino, sino que proviene de la creatividad humana, de las destrezas y del trabajo riguroso. ¿Crisis o crisis? ¿Oportunidad o amenaza?

Ya nadie se resiste a censurarla. Llevamos años atravesando un periodo de tiempo virulento. Sanguinario. Inmensamente complejo. Nos corresponde afrontar una época cuyos efectos devastadores han asolado hitos, hasta hace unos años, inimaginables. Ya nada es lo que era, ni probablemente será. La acentuada euforia, que ha singularizado el estilo de vida que hemos mantenido a lo largo de la última década, se ha evaporado para siempre. Para algunos, este hundimiento general ha sido provocado casi por arte de magia. De repente. De la noche a la mañana. Para otros, el cataclismo era cuestión de tiempo. Pero en ambos casos, sus consecuencias se han expandido con vehemencia hacia todas las aristas de nuestra sociedad. A un ritmo imparable. Una crisis tan severa como la actual ha representado un doloroso despertar. Se ha agotado ya el efecto narcótico de una época de bonanza económica muy amplia que nos ha inducido a un prolongado letargo. Los excesos y el júbilo desmedido han dado paso a una apatía ge-